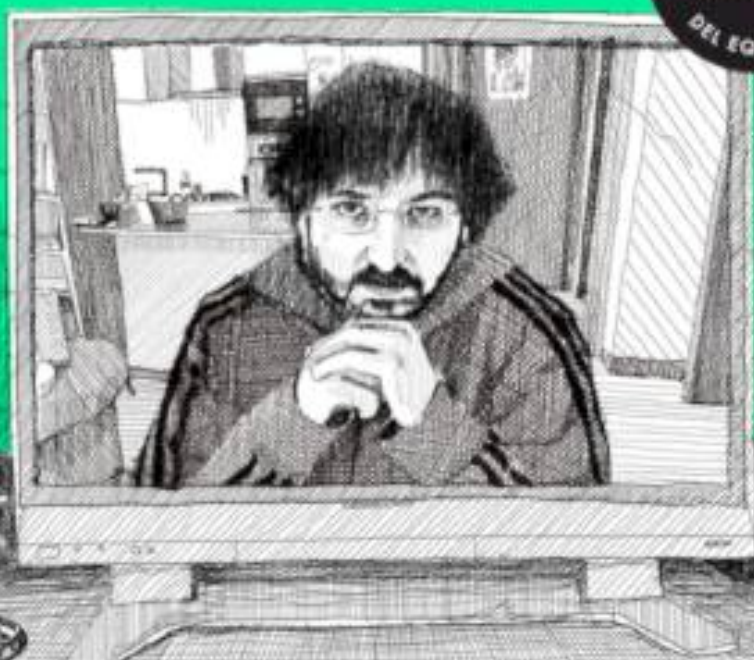


JORDI ÉVOLE

Confinados

Historias de una pandemia
que paralizó el mundo



Índice

Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria

1. Cómo empezó todo
2. Afirmar la vida frente a la muerte
3. No somos héroes
4. Cómo conseguir un Skype con el papa
5. Lágrimas en el camión
6. Pepe Mujica. El filósofo de la chacra
7. Ricardo Darín y una anciana de noventa y cinco años
8. Joaquín Sabina. Nos sobran los motivos
9. Rosalía, Bayona y la necesidad del arte
10. Pero ¿no íbamos a salir mejores?

Apéndice para los muy fans de *Lo de Évole*
Agradecimientos
Notas
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Sacudidos por la pandemia, encerrados en casa, asustados, Évole y los suyos encontraron en marzo la forma de seguir adelante. ¿Por qué no hacer entrevistas desde el confinamiento? A través de una webcam y desde la cocina de Évole, vimos a gente de toda condición hablar no solo del confinamiento, sino también de política, del miedo, de valores, de la enfermedad, de sus sueños... En definitiva, de la vida. Aquí está la esencia de esas entrevistas y, sobre todo, lo que hubo detrás de ellas: el papa que no quiso mostrar lujos, Sabina renunciando a fumar, la sabiduría de Pepe Mujica, el sentir de Rosalía, la angustia de Baltasar Garzón y la emoción de los sanitarios, que jamás olvidarán lo ocurrido.

Confinados es un viaje al interior de la pandemia. Con un simple ordenador, en una sencilla cocina, sin miedo al compromiso o a las preguntas peliagudas. A la manera de Jordi Évole.

JORDI ÉVOLE
Y SILVIA MERINO

CONFINADOS

Historias de una pandemia que paralizó al mundo



*A la tía Celia.
Y a todos los que se fueron sin la compañía de los suyos.*

1

Cómo empezó todo

Yo sufro mucho por los miedos anticipativos.
Catástrofes [...] de orden familiar, personal, colectivo,
que no pasan. Y, sin embargo, entre todos esos miedos
anticipativos, jamás pasó por mi cabeza la idea de una
pandemia.

JUAN JOSÉ MILLÁS

—¡Jordi, lo has hecho todo mal!

—¿Perdone?

—Que lo has hecho todo mal.

La conversación transcurre a la puerta de una panadería durante los primeros días del confinamiento. Iba con prisa porque llegaba tarde a una videorreunión con el equipo y, además, aún no me había leído el cuestionario para una de las tres o cuatro entrevistas que tenía programadas aquel día. Regresaba de recoger un medicamento en la farmacia del Hospital Clínic y antes de entrar en casa paré a comprar el pan. Con las barras bajo el brazo, una señora que me había estado observando desde la calle se dirigió a mí:

—Todo lo que has hecho comprando, lo has hecho mal. Primero, no llevas mascarilla...

—Hombre, señora. Las autoridades dicen que no es obligatoria.

—Pues lo será. Debes llevarla porque es recomendable. Segundo, no llevas guantes...

—Tampoco son obligatorios.

—Ya, pero sin darte cuenta has puesto la mano en el mostrador. ¿Verdad que no te has dado cuenta?

—No.

—Y luego te has tocado la cara. ¿A que tampoco te has dado cuenta?

—No —confesé ya con cierto rubor ante la regañina de aquella señora a la que no conocía de nada.

Y en ese preciso instante, la mujer cambió la expresión y rompió a llorar.

—Mira, Jordi, trabajo en un hospital. Y esto está siendo muy muy muy duro... Los que lo estamos viviendo en primera línea lo sabemos. Por favor, cuando llegues a casa cámbiate toda la ropa, ponla en la lavadora, coloca un trapo con lejía en la entrada, límpiame los zapatos, desinfecta todo lo que hayas comprado y que vayas a meter en casa...

Hay instantes que se convierten en un punto de inflexión. Aquel discurso entre lágrimas de la señora de la panadería lo fue. Solo hacía una semana que se había decretado el estado de alarma. No había salido de casa desde el viernes 13 de marzo. Y, precisamente, esa primera salida fue a un hospital. Antes de desplazarme, consulté con mi médico: «No tengo mascarilla». En aquel momento tampoco era tan fácil conseguirlas. Pero él mismo me tranquilizó. «No habrá problema, vas a ir a una zona que no es la de urgencias, habrá muy poca gente, cogerás el medicamento y te volverás a casa.»

Volviendo del Hospital Clínic, a través de las calles de una Barcelona vaciada, desconocida y extraña, tenía la sensación de estar en mitad de un sueño. O de una pesadilla. O en mitad de un escenario propio de una película de ciencia ficción. ¿Quién se podría haber imaginado solo unas semanas antes que todo esto ocurriría? A excepción de la crisis del ébola, nunca en las últimas décadas nos habían preocupado excesivamente las pandemias. Nunca mi generación ni la generación de mis padres habían vivido un confinamiento total ni una emergencia sanitaria de tal calibre.

Volviendo del Hospital Clínic, a través de las calles de una Barcelona vaciada, desconocida y extraña, tenía la sensación de estar en mitad de un sueño. O de una pesadilla.

Quizás solo lo supo ver el guionista de la película *Contagio* (2011), Scott Z. Burns, al que todo el mundo preguntó aquellos días cómo había sido tan profético y tan preciso: «Y la respuesta es muy simple: cuando le propuse la película a Steven Soderbergh, le dije que solo quería embarcarme en el proyecto si iba a estar basado en la ciencia y en datos concretos, porque yo tenía cierta conciencia de que estábamos viviendo en la era de las pandemias. Así fue como me puse en contacto con Ian Lipkin, el mejor virólogo de Estados Unidos. Y él me dijo lo mismo, que solo me ayudaría si la película iba a estar basada en la ciencia, y no si era una fantasía conspirativa sobre un virus que surge de un laboratorio o de una torre de telefonía móvil. Si me preguntas si sabía que todo esto iba a ocurrir diez años después, la respuesta es no. Pero todos los expertos con los que hablé me dijeron que no era una cuestión de si podía ocurrir, sino de cuándo» (*La Vanguardia*, 23 de abril de 2020).

Exceptuando al guionista de *Contagio* y algunos científicos más, casi nadie había previsto esta crisis que abrirá una nueva era. Si el atentado de las torres gemelas de Nueva York en 2001 marcó el inicio del siglo XXI con la primera gran oleada mundial de miedo y un mayor despliegue del control sobre los ciudadanos por parte de los Gobiernos del mundo, la pandemia del coronavirus acentuará ese miedo y ampliará el dominio autoritario de los Estados, además de otras consecuencias sociales, económicas, sanitarias y culturales que todavía no podemos prever.

Esta y otras cuestiones similares fueron surgiendo en los programas especiales de *Lo de Évole* que improvisamos a

partir de la proclamación del estado de alarma y del confinamiento obligatorio. Lo que en un principio iba a ser un único programa sobre la crisis del coronavirus, acabó convirtiéndose en seis especiales que emitimos en La Sexta del domingo 22 de marzo al 26 de abril de 2020. Un espacio transversal en el que se dio voz tanto a una camionera como al papa de Roma, tanto a Rosa María Sardà como a René Residente, tanto a la señora de la limpieza de un ambulatorio de Badajoz como a Rosalía, tanto a un expresidente de Uruguay como a una enferma de coronavirus recién salida de la UCI, tanto a un cura como a Sabina... Creo que estas conversaciones nos ayudaron a digerir la angustia que todos sufríamos. Así lo vivimos al menos los del equipo que lo hizo posible. Su aparición dominical era como un punto y seguido, una terapia de grupo para la noche que ponía el punto final a aquellas semanas duras en las que el martes se confundía con el sábado y nada distinguía al lunes del viernes.

Por qué no lo vimos venir

Pero ¿cómo habíamos llegado hasta ahí? ¿Cómo había sido posible esta situación? ¿Qué había fallado? Tuve la oportunidad de preguntarle a Luis Enjuanes, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, que ya alertó de que un coronavirus proveniente de un murciélago podía provocar una epidemia.

—Luis, he alucinado con que lo anunciases públicamente en una conferencia en 2015 y que no hayamos hecho mucho en estos cinco años.

—La verdad es que para nosotros era obvio que pasaría, porque en 2002 apareció el SARS1, mortal para el hombre; en 2012, el MERS, mortal para el hombre, y ahora, el SARS2, mortal para el hombre. Pero me gustaría dejar bien claro que, en virología, la experiencia demuestra que, conforme va transmitiéndose un virus, este se atenúa, porque, si

es virulento, te pone muy malito, te mete en el hospital y desapareces de la circulación. Sin embargo, si es un virus más atenuado, hasta el punto de que casi no tienes síntomas clínicos, continúas diseminando el virus al ir a trabajar o a tomar café. Por esto se imponen los más suaves. Es decir, yo creo que el virus que circule dentro de tres meses será mucho más benigno que el que está circulando ahora. Y, además, está la teoría de la vacunación de masas. Para prevenir que un virus se difunda no es imprescindible que el cien por cien de la población esté vacunada. Conforme el número de españoles que se infectan vaya aumentando, el virus va a encontrarse con una persona que ya está inmunizada y entonces ese es un virus perdido. Por eso, el número de españoles que los virus van infectando con éxito cada vez va a ser más reducido. No es la primera epidemia que hemos tenido y todas se han solucionado. Esta está siendo muy dura, pero también se va a solucionar.

—¿Te escandalizaba la relajación que hubo en España durante los meses de febrero y principios de marzo?

—Yo estaba en una comisión de Sanidad de la Comunidad Autónoma de Madrid y ya había reuniones periódicas de médicos expertos en epidemiología, y allí la información se tenía, pero no se conocía este virus. *A posteriori* es muy fácil saberlo todo, pero en ese momento no se tenía conciencia de la peor propiedad que tiene este virus, que es infectar asintóticamente a la gente, o sea, una persona asintomática infectada puede producir la misma cantidad de virus que una persona enferma con síntomas, pero eso antes no lo sabíamos. Lo sabemos ahora. A los que juzgan y critican que cómo no se actuó antes les digo que es que no se tenía conciencia de la magnitud.

Era la gran pregunta del momento. ¿Por qué aquella falta de previsión? La filósofa Adela Cortina apuntaba en otra dirección:

—Lo que más me ha sorprendido es la falta de preparación que tenemos para hacer frente a las catástrofes, cuando

sabemos que van a venir, antes o después. No estamos preparados a ninguno de los niveles: ni político ni económico ni social, y no tenemos la respuesta que esperábamos.

Planteamos la misma cuestión a la periodista Mercedes Milá:

—Creo sinceramente que nadie puede dar lecciones de nada. En todo caso, los que más pueden gritar, los que más desesperados están, son los que están más cerca de los enfermos. O sea, los médicos y las enfermeras. Esos pueden decir lo que quieran, pero los demás vamos todos a ciegas. Aunque a veces piensas que esto se podía haber previsto con las informaciones que había... ¡Quizás sí! Pero tengo una actitud como de prudencia al juicio.

«Me daba angustia y rabia. Y decías: ¿pero cómo es posible que, habiendo visto lo que está pasando aquí, en China [...], eso no persuada a la gente de que lo que viene es terrible?»

¿Por qué nos costó reaccionar a un virus que desde enero sabíamos que estaba avanzando en China? La corresponsal de *El País* en Pekín, Macarena Vidal Lij, nos contó que tampoco entendía la pasividad en España durante las primeras semanas de marzo.

—Me daba angustia y rabia. Y decías: ¿pero cómo es posible que, habiendo visto lo que está pasando aquí, en China, donde todo el país ha sido capaz de paralizar completamente lo que más les importa, que es su economía..., cómo es posible que eso no persuada a la gente de que lo que viene es terrible? Y yo me preguntaba: ¿cómo podemos contarlo? ¿Cómo podemos expresarlo? ¿Por qué no nos creéis? Es que yo no conseguía ni que mi familia me hiciera caso.

El corresponsal de *El País* Enric González, que participaba en el debate a tres desde Buenos Aires, alertó sobre nuestra condición humana:

—Hay una primera reacción que es: «Bueno, son cosas chinas». Y la segunda explicación es que hay que compararlo con un médico que te dice: «Córtese la pierna, hay que amputar». «Oiga, doctor, que me encuentro perfectamente, ¿cómo voy a amputar así?» No vas a pensar que tienes que cortarte la pierna hasta que te duela mucho. El humano es así. No escarmienta en cabeza ajena. Tiene que sufrir para tomar decisiones que son muy difíciles.

Juan José Millás, el temor al miedo anticipativo

Quien lo supo expresar mejor fue el escritor Juan José Millás que, pese a padecer el síndrome del miedo anticipativo, no fue capaz de prever lo que se nos venía encima.

—Juanjo, ¿qué es lo que más te ha sorprendido de lo que nos está pasando?

—Lo inesperado. Yo sufro mucho por los miedos anticipativos. Catástrofes que se me ocurren, catástrofes de orden familiar, personal, colectivo, que no pasan. Y, sin embargo, entre todos esos miedos anticipativos, jamás pasó por mi cabeza la idea de una pandemia. Este es quizás el suceso más grave a nivel colectivo que yo he vivido en mis setenta y cuatro años de vida. Lo vi en el cine, en la ciencia ficción, pero jamás se me ocurrió que pudiera pasar en la realidad. ¡Cómo sufrimos por cosas que imaginamos y no ocurren, y cómo descuidamos lo que pueda ocurrir! Que a mí no se me ocurra es normal, yo soy un ignorante, pero hay mucha gente sabia a quien esto de la pandemia se le podía haber ocurrido. Y seguramente se le ocurrió, y no le hicieron caso, igual que con el calentamiento global, que lo dice gente muy sabia y no está en las prioridades de los políticos.

—Me he sentido identificado con eso del miedo anticipativo. Recuerdo que tenía cinco años cuando se anunció la caída del satélite Skylab en la Tierra (1979) y yo salía de mi casa convencido de que caería en Cornellá.

—Es propio de comportamientos obsesivos. Yo soy un imaginador de catástrofes. Cuando hay un niño corriendo por la casa, pienso en los dedos que se pueden pillar en las puertas, en los enchufes...

Millás pensaba que la pandemia tenía el *copyright* de un guionista enfermizo que va graduando el suspense hasta que la situación es insostenible:

«Que a mí no se me ocurra es normal, yo soy un ignorante, pero hay mucha gente sabia a quien esto de la pandemia se le podía haber ocurrido. Y seguramente se le ocurrió, y no le hicieron caso.»

—Todo ha sucedido con el temperamento con el que una mente creativa se imagina una catástrofe. Primero, el monstruo estaba lejos, después era solo una gripe que, además, solamente mataba a los viejos... Era tremendo, pero se decía así, e incluso a mí, que soy viejo, me tranquilizaba. Poco a poco, hasta la situación de hoy, que nos hemos despertado con un colapso en los hospitales y una debacle económica tremenda. Tiene las características de algo que está imaginando una mente obsesiva, que empieza con poco, pero la catástrofe va aumentando y convirtiéndose en una bola de nieve, hasta que no puedes más y te tomas un Valium.

Me fascinan los artículos de prensa de Millás y también los diálogos que mantiene con Javier del Pino en el *A vivir que son dos días* de la Ser. Me fascinan porque a Millás la creatividad le fluye y parece que habla desde un lugar distin-